





16.

Erasmus: el Cosmonauta

La noche transcurrió con un calor sofocante, mientras Erasmus era azotado en la plaza principal del Monasterio Shaddai de Temerant, un lugar donde la fe había sido impuesta sobre las ruinas de un pasado olvidado. Allí, fue declarado culpable de una serie de infracciones que incluían incumplimiento del deber, piromanía, desorden público y desacato. Cincuenta azotes a piel desnuda, dos meses de trabajo en las letrinas y aislamiento preventivo los fines de semana en la torre norte, fue el precio que debió pagar.

Parece que el castigo se convirtió en parte de su rutina, pues, a pesar de las duras reprimendas, persistía en sus acciones como si las disfrutara, recibiendo con total indiferencia su castigo, lo cual frustraba e incomodaba a los castigadores. Erasmus era un joven de pocas amistades, encontrando en la soledad un placer que parecía destinado a estar con él, dadas sus constantes transgresiones en el monasterio. Como era costumbre, esa noche se encontraba hablando en voz alta consigo mismo, lo que a menudo le acarreaba la etiqueta de excéntrico e, incluso, de maníático, cuando sus discusiones se pasaban de la raya.

—La fama es grandiosa, —murmuró. Me encanta escuchar las historias de mis aventuras en los pasillos, ver las expresiones de mis compañeros deseando vivir algo similar. Pero la fama también es peligrosa; ¡sí, sí, claro que sí! Ante cualquier problema, todas las miradas recaen sobre

mí. A veces es bueno no ser nadie; antes, no era nadie... Ni siquiera tenía familia a la cual atribuir un nombre o un apellido. El no tener padres me convirtió en una hoja en blanco, el punto de inicio de mi propia historia, sin necesidad de cargar con nada ni nadie, sólo conmigo mismo.

La media noche cayó sobre el monasterio, inundándolo de calma y una melodía profunda orquestada por el cantar de los grillos, saltamontes y cigarras del campo. A pesar de ser considerado un ruido molesto por muchos, a Erasmus le encantó esta sinfonía, desde pequeño. Se cepilló los dientes al ritmo de dicha melodía, preparándose para su próximo “viaje cósmico”, como él insistía en llamarlo.

Había pasado más de un año desde que comenzó a explorar el plano astral de forma consciente, viajando en lo que antes creía eran simples sueños; pero, ahora siente que es algo más y se asignó a sí mismo la misión de esclarecer el misterio detrás de todo esto. En sus viajes, fue testigo de situaciones que luego pudo verificar al día siguiente como, por ejemplo, accidentes, robos, incendios, tormentas e, incluso, romances clandestinos.

Pero, recientemente, ha comenzado a percibir algo más, una sensación de adrenalina mezclada con un terror profundo a lo desconocido, como si su sexto sentido se activara de repente con mayor amplitud e intensidad de lo normal. La primera vez que lo sintió, fue golpeado por una especie de onda o perturbación que lo sacó del trance, despertando bruscamente, agitado, y con un fuerte zumbido en los oídos que resonaba en lo más profundo de su cabeza como si hubiese estado de juerga la noche anterior.

Sin embargo, ese día se había prometido que sería diferente. Su ferviente búsqueda de conocimiento lo llevó, una vez más, a infringir las normas en aras de la ciencia. Engaño al hermano Adriano, el boticario, diciéndole que el maestro Flavio necesitaba con urgencia un Elixir Somnus para tratar a Marcos y su esquizofrenia. Hacía apenas media hora que había ingerido una doble dosis del elixir para dormir. Era solo cuestión de minutos antes de que cayera en un sueño profundo del cual no despertaría hasta el alba.

El elixir funcionó mejor de lo que Erasmus esperaba. Experimentaba cosquilleos en los dedos, cuando normalmente le costaba, incluso, percibir la dirección del viento que atravesaba su proyección astral. Emocionado por este descubrimiento, se lanzó a toda velocidad hacia lo más alto de la ciudad para obtener una vista panorámica. Tras varias horas como vigía, se dispuso a regresar, cuando una leve descarga energética recorrió su cuerpo. Rápidamente, dirigió su mirada en todas direcciones hasta localizar su origen: un gran destello de energía violeta iridiscente, centelleando a unos mil quinientos metros de distancia.

Respiró profundamente y concentró sus fuerzas para volar hacia el rayo de energía, lo más rápido posible. Sin embargo, a pocos metros del lugar, sintió una perturbación del espacio acompañada de un sonido de alta frecuencia, que lo desequilibró, haciendo que se precipitase y cayera de culos sobre un jardín cercano.

Desorientado y mareado, trató de incorporarse rápidamente, pero el aturdimiento en sus oídos lo hizo caer una y otra vez. Se aferró a la cerca del jardín y avanzó tambaleante hacia el sitio del destello. Pero, allí no había nadie, sólo encontró un desorden de basura como si un pequeño tornado hubiese revuelto todo, una marca negra en el asfalto con ceniza blanquecina y un vapor caliente que distorsionaba su visión, lo cual daba señales de que hacía un momento hubo fuego en aquel sitio.

Regresó a su cuerpo justo antes del amanecer, pálido, deshidratado, con ojos sensibles a la luz solar, desorientado y sin fuerzas. Cada vez que podía sentarse durante sus labores cotidianas recibía reprimendas de sus superiores, pero esto no disminuía su intriga por aquel fenómeno, y en medio de sus ansias por volver, su cuerpo no aguantó más y se desplomó en la plaza central, con una cubeta de agua en una mano y una trapera sucia en la otra.

Tres días después del incidente, finalmente recobró la conciencia y reanudó sus labores en el monasterio y, aunque débil, la necesidad de volver a vivir aquella emocionante experiencia, aceleró su recuperación. Al cuarto día, estaba listo para intentarlo de nuevo, así que, según lo planeado, tomó otra dosis del Elixir Somnus y se aventuró en su viaje astral. Eran las tres de la mañana cuando varios destellos de diferentes magnitudes se

manifestaron en diversos puntos de la ciudad. La decisión de cuál pista seguir fue difícil, pero, confiando nuevamente en su intuición, se dirigió hacia el más lejano, debido a la llamativa aura de su destello.

Voló rápidamente hacia el lugar que consideró más prometedor, logrando llegar sin incidente alguno. Allí, encontró a una joven mujer arrodillada en el asfalto, acariciando el rostro de un hombre obeso que parecía estar en sus últimos momentos. Curiosamente, aquella hermosa mujer lo recibió con una sonrisa como si lo conociera de antes, lo cual sorprendió al monje.

—Erasmus, ¡bienvenido seas! —lo saludó ella.

—¿Me conoces? —preguntó Erasmus, sorprendido.

—Sabemos que llevas algún tiempo observándonos. Era sólo cuestión de esperar para celebrar nuestro encuentro. Me alegra infinitamente que haya sido hoy. Mis hermanas estarán celosas” —dijo ella con una sonrisa pícara.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Erasmus, notando al hombre en el suelo.

—Ayudo a este pobre hombre para que su alma no se pierda en el limbo y pueda regresar al ciclo de la vida. Por cierto, me puedes llamar Agnes.

Un chasquido de dedos, y de pronto, un estallido de combustión espontánea consumió el cuerpo del hombre, en cuestión de segundos, dejando sólo un pequeño torbellino de ceniza y polvo. Una humareda color violeta, repleta de partículas de luz, se elevó hacia el cielo y, en medio de ella, se encontraba Agnes levitando, mientras despedía el alma en su partida al otro mundo. Nuevamente un chasquido de dedos y todo desapareció, dejando solo un poco de cenizas, vapor caliente y una marca negra en el asfalto.

—Ven conmigo, Erasmus, y te enseñaré los secretos del cosmos —invitó Agnes.

Erasmus, aún sorprendido por tan asombroso espectáculo, quedó inmóvil mientras Agnes se acercó a él con gracia, tomó su mano, lo besó en la

mejilla y juntos, desaparecieron en la oscuridad de la noche en un suave abrazo. En medio de la oscuridad, sintiendo su cuerpo y su respiración, en medio de la nada una pequeña luz se gestó en el corazón, seguida por múltiples destellos que iluminaron, secuencialmente, un hermoso camino empedrado hacia la profundidad de la tierra. Erasmus descendió lentamente, prevenido y preocupado, hasta llegar a un altar de piedra donde yacía el cuerpo de Agnes, quien le reveló algunos secretos sobre la proyección astral y compartió con él su noble misión de ayudar a las almas condenadas.

—Ese hombre cometió suicidio —explicó Agnes. Por tanto, su alma estaba condenada a vagar entre el mundo terrenal y el espiritual por toda la eternidad. Su propósito fue interrumpido y ya nunca podría ser cumplido como estaba predestinado.

—¿Eso quiere decir que el destino se puede romper? —preguntó Erasmus con voz entrecortada.

—El destino de todo hombre es cumplir con su propósito y cada propósito está marcado por el destino. Mientras no se cumpla, es imposible volver al origen. El cómo se cumpla cada propósito representa tu libre albedrío. Sin embargo, siempre existen quienes desfallecen en el camino, y, por tanto, en paralelo existimos nosotros para devolverlos al ciclo de la vida y evitar así su condena eterna.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Erasmus con temor.

—Nos llaman “devoradores de almas”, “carroñeros” o “necrófagos”, pero preferimos llamarnos simplemente “La hermandad” —respondió Agnes con una sonrisa pícara.

—Pero... ¿Qué hacen exactamente en la hermandad? —inquirió Erasmus.

—Infinidad de cosas que no te puedo explicar en el momento. Lo que sí te puedo decir es que constantemente tenemos sueños premonitorios, como seguramente tú has tenido, donde, como oráculos, atesoramos la oportunidad de identificar a quienes van a romper el ciclo. Hacemos seguimiento detallado de sus movimientos y los asistimos momentos previos a que su alma llegue al valle de la muerte -al Érebo- para guiarlos

por un camino que, de otra forma no podrían transitar. Ellos alimentan nuestra existencia, nos llenan de energía vital y, finalmente desechamos la carga negativa hacia el universo para que reinicie su ciclo nuevamente. En pocas palabras, hacemos labor social; damos un nuevo y mejor uso a aquello que ya no lo tiene —concluyó Agnes, entre risas.

Erasmus, incrédulo ante el discurso, decidió simplemente asentir con una gran y cordial sonrisa. Los días pasaron y con la insistencia por pertenecer a la hermandad, creció una relación difícil de definir entre ambos. A pesar de la distancia, cada uno tenía sus obligaciones y no siempre era posible verse, pero en sus corazones había un espacio más cercano de lo que creían. En una de una de sus noches juntos, mientras observaban las estrellas desde el plano astral, Agnes le contó el mito de Selene y Pléyades, dos amantes prohibidos que se rebelaron contra el orden del universo para poder estar juntos. Luego le confesó su miedo a fallarle a *La Hermandad*, de lo impotente que se sentía a veces; a lo que Erasmus respondió con un fuerte y sincero abrazo, confesándole su soledad en el monasterio, a pesar de vivir rodeado por *Los Hijos de Shaddai*, creando así, el inicio de un lazo bastante fuerte entre ambos.

Encuentros fortuitos con deseos controlados, la lujuria y la pasión encontraban sus miradas mientras sus cuerpos permanecían rígidos, a la espera de una señal que no llegaba. Ambos sabían que era lo correcto, pero en su interior deseaban que todo fuera posible. “Tal vez en otro tiempo”, se decían a sí mismos como consuelo sobre algo que podría ser, pero no era. Su conexión era tan fuerte que superaba el deseo carnal y físico, acercándose más a una relación espiritual, una conexión del alma. Algo difícil de explicar, algo que solo se podía sentir. El susurro de su recuerdo transformaba su mundo, le daba un nivel superior al valor de estar vivo.

Aunque agradecía haberla conocido, en su interior crecía lentamente un dolor por haberlo hecho pues, si bien su futuro era incierto, su alma brillaba como el sol cuando estaba con ella.

Se acercaba el final del otoño, y con él, las alegres aventuras entre estos dos amantes no consumados también llegaban a su final después de varios meses. Agnes se había convertido en su maestra y Erasmus en su asistente.

Ella le enseñó a controlar su poder, pero también a comprender mejor cómo funcionan las artes místicas y todo el poder mágico que en ellas reside. Le enseñó la configuración de los diferentes planos dimensionales, le habló de criaturas mágicas y seres elementales; de *La Hermandad* y los extraordinarios poderes místicos de sus hermanas y hermanos; pero, sobre todo, le habló sobre la estupenda labor que hacían, bajo la tutela y liderazgo de Hefesto, *El Gran Maestro*, esperando sembrar en él una semilla de interés por su noble causa.

—Todo está cargado de señales y simbolismo —le repetía constantemente, —debes prestar atención a los detalles más mínimos. Nuestra primera tarea es interpretar quién y dónde se presentarán los hechos. Luego, a partir de las pistas develadas, iniciamos nuestra búsqueda de la persona a quien asistiremos en su tránsito al otro mundo.

Erasmus repasaba lo aprendido durante el día siguiente a cada salida nocturna, tomaba apuntes en una bitácora y reflexionaba al respecto, mientras realizaba sus quehaceres en el monasterio. Constantemente insistía en iniciar su vinculación con *La Hermandad*, pero ella siempre evadía la solicitud con un beso, una tierna mirada y una sonrisa que indicaba “aún no es el momento”.

—¿Alguna vez has escuchado hablar de El Ojo Blanco? Algunos también lo llaman “el tercer ojo” o “el fragmento de los Eternos” entregado a los seres espirituales —comentó Agnes.

—No lo creo —respondió Erasmus, luego de meditarlo por un instante.

—Se dice que hace siglos estaba resguardado en un cementerio de los monjes budistas, pero durante la evangelización del Shaddaísmo, *Los Hijos de Shaddai* destruyeron el templo, edificaron este monasterio sobre sus ruinas, y se quedaron con el objeto, sin conocer su verdadero poder. Es un fragmento que brilla con un resplandor que atraviesa todos los planos de existencia y es capaz de conectarlos. Representa la esencia intangible de los seres espirituales, su conexión con lo invisible y lo eterno. Es un recordatorio de su poder perdido en las Guerras de los Eternos, ahora reducido a un eco atrapado.

—Ahora que lo pienso mejor, sí lo he escuchado; pero siempre creí que tan solo era un mito, un cuento de niños. Hay quienes aseguran que en lo profundo de nuestro monasterio se encuentra dicha pieza. Sin embargo, no conozco a nadie que la haya visto.

—Pues te propongo un juego: ¿Qué tal si buscamos algunas pistas? Si tú lo encuentras primero, prometo presentarte ante el consejo de *La Hermandad*. Pero, si yo lo encuentro primero, deberás entregarme tu alma —sonrió Agnes de forma maliciosa.

—¿Cómo dices? —Erasmus abrió los ojos de par en par, mientras tragaba algo de saliva.

—Es broma, simplemente deberás ser mi esclavo durante todo un día, eso es todo. Soy una mujer que valora la belleza de lo simple —culminó Agnes pestañeando un poco y disimulando una pequeña sonrisa.

El juego dio inicio y ambos comenzaron a moverse rápidamente, esperando ganar la apuesta. Agnes fue la primera en encontrar una pista sólida, unos manuscritos bastante antiguos que describían consideraciones importantes sobre el fragmento. Erasmus, por su parte, habló con algunos maestros del monasterio y, poco a poco, fue descubriendo algunas pistas de su posible paradero. Como en el fondo todo era un juego, ambos intercambiaron información de forma amistosa, mientras disfrutaban volando por los campos y la ciudad a través de sus proyecciones astrales, chismeando, molestando, riendo y coqueteando.

Pasaron los días y la fuerte intuición de Erasmus lo alertó sobre algo inquietante en el comportamiento de Agnes, no sabía exactamente qué, pero la duda en su cabeza ya no fue capaz de dejarlo tranquilo. Una intriga demasiado fuerte comenzó a crecer en su interior, a tal punto, que se dispuso a encontrar la verdad, a esclarecer aquello que alertaba sus sentidos.

—¿Será que ya resolvió el paradero del fragmento? No lo creo, debe ser algo más... ¿Será que le gusto? ¡Awww! ¿Será que quiere algo más conmigo que una simple amistad? ¡Oh por Dios! ¡Oh por Dios! ¿Debería adelantarme? A lo mejor es una chica tímida, debería ayudarle. No, no. ¿Y si luego no es eso?

Después de mucho divagar, Erasmus decidió seguirla desde su proyección astral para no ser detectado por ella, ni por nadie que pudiera alertarla. Algo de lo que no se sintió muy orgulloso, pero, igual lo hizo. Esperaba encontrar alguna pista que lo ayudara a entender mejor aquel cambio que evidenciaba Agnes desde hacía varios días. Se repetía a sí mismo que era su mejor y única amiga; tenía que ayudarla, comprenderla y, sobre todo, ¡amarla! Pero, en el fondo sabía que eran solo excusas; sentía un alto grado de culpa y deshonra por acosarla, pero la intriga no le permitía hacer nada más.

El caos de los muelles era ensordecedor: gritos de oferta en múltiples direcciones; el sonido de las carretas movilizándose sobre los adoquines; aves de todo tipo en pajareras y jaulas graznando sin cesar; el crujido de cuchillos y hachas de carnicería, rompiendo huesos de animales sobre el mesón de cocinas improvisadas al aire libre; el tintineo de campanas haciendo un llamado para abordar los barcos que estaban próximos a salir; las gaviotas peleando por algo de comida que los humanos han desechado; el sonido de las olas y el viento chocando contra los arrecifes y las rocas. Era complicado encontrar algo de armonía en todo aquello, pues en la proyección astral el sonido se magnifica enormemente, dificultando la concentración. Sin embargo, en medio de todo, había algo que llamaba a la contemplación. El encanto de aquella mujer era evidente: ojos grandes y brillantes, con pestañas que endulzaban en cada abrir y cerrar de ojos; sonrisa delicada, pero pícara, insinuante y divertida; un hermoso cabello hasta la cintura que se balanceaba al ritmo de un elegante, pero insinuante caminar; y, aunque aparentemente era difícil perderla de vista, de pronto sus movimientos se fueron camuflando con el entorno. Movimientos con fluidez y sigilo le permitían pasar de una manzana a otra, a través de enrevesados laberintos entre callejones, casas de apuestas, cantinas y mercados.

Erasmus siente una fuerte distorsión en el plano astral. La perdió de vista y un fuerte zumbido ha aturrido sus sentidos oscureciéndolo todo y desvaneciendo su mente.

Un paisaje en tonos cálidos: amarillos, naranjas, rojos, magentas y violetas que, en algunos casos, llegaban a negro se presentó ante Erasmus. Eran las llamas del infierno, o por lo menos eso parecía ante sus ojos. Sólo

había fuego, cenizas, humo, chispas y brasa ardiente que consumía todo a su alrededor. El hedor a miedo y carne quemada era insoportable. Gritos escalofriantes de angustia y desespero ambientaban con histeria aquella escena de horror. Tardó un poco en identificar el lugar de los hechos. Tal vez, quedaba poco de ese hogar que algún día fue un monasterio y, por tanto, fue difícil reconocerlo, o a lo mejor su mente estaba bloqueando la aceptación de una siniestra idea, que muy en el fondo sabía reconocer.

—Vete ahora que estás a tiempo, nunca debiste seguirme. ¡No hay nada que puedas hacer contra ellos, son inmortales! —reprochó Agnes entre sollozos y lágrimas.

Sus hermanas le susurraban en idioma antiguo, pero ella se negaba a aceptar aquello que predicaban. Discutieron con fuerza y la golpearon violentamente. Ella cayó sobre sus rodillas, tratando de cubrir su rostro ante el feroz ataque, recibiendo varios impactos en espalda y costillas. Erasmus se encontraba paralizado ante tan brutal escena, sin entender aún cómo había llegado allí. Respirada con dificultad debido al miedo y la pesadez del aire con humo y ceniza. Se lanzó sobre ella para servir de escudo ante la inminente derrota. Las súplicas a Dios se dejaron pronunciar, un pregón advirtió sobre el castigo divino que caería sobre las profanadoras de terreno sagrado. Los ojos de Erasmus se abrieron con ilusión en medio de las lágrimas, al ver cómo llegaba desde el horizonte una cuadrilla de caballeros al galope.

—Deja de lloriquear y entrégales lo que piden. No nos hagas perder más tiempo —dijo el caballero más longevo de aquellos supuestos héroes que arribaron a caballo.

—No lo haré. Jamás traicionaré mi fe.

—Entréganos el fragmento —reiteró Magda.

—¿O es que acaso tu fe vale más que la vida de esta moza?

Magda tomó del cabello a Agnes, la arrastró con ímpetu hasta una roca y con una daga cortó suavemente su oreja izquierda.

—¿Aún te niegas a cooperar, pequeño moco? ¿Qué tal si terminamos de incinerar a todos tus hermanos, mientras tu moza gime un poco?

—¿Eso es lo que quieras? ¡Quiero a todos los monjes desnudos en la plaza de inmediato! —gritó a sus camaradas. Vamos a hacer una gran parrillada —susurró cruelmente a la oreja de Agnes, que sostenía en la mano, para luego pasar su lengua por el lóbulo, como si disfrutara la brutal escena. —¿Qué más estás dispuesto a sacrificar por tu tonta fe? Por este grupo de manipuladores, ladrones y violadores, ¡Porque eso es lo que son! Me das vergüenza, algunos de *La Hermandad* confiaban en que eras alguien digno. Pero yo siempre supe que eras un miedoso arrodillado; así que, arrodíllate ante mí, si no quieres que esta traidora pierda otra parte de su hermoso cuerpo.

—¡Detente, por favor! Por favor, por favor, detente —rogó arrodillado e inclinando la cabeza.

—Siempre he tenido celos de estos hermosos ojos —susurró, pasando la daga cerca al ojo izquierdo de Agnes. Esos ojos de mosquita muerta. Ahora no te vengas con tu patética mirada de inocente, ambas sabemos que eres tan solo una vagabunda bien vestida y educada.

—Hermana, déjalo ir, él no tiene el fragmento. ¡Libéranos y te ayudaremos a encontrarlo, te lo prometo! —replicó Agnes entre sollozos.

—Ayúdenme a sostenerla, le cortaremos esa lengua para evitar que siga intoxicando a nuestra honorable hermandad con sus falacias.

—¡Alto! El fragmento se encuentra en la tumba del hermano Gregorio, al final del ala norte —gritó Erasmus con angustia y dolor, esperando detener la escena.

—Desháganse del chico —ordenó Magda con gran satisfacción en su rostro.

Fue entonces cuando Erasmus comenzó a sentir que habitaba dos realidades diferentes. La composición de aquel escenario comenzó a desconfigurarse. El mismo Erasmus se estaba desintegrando, a la par con todo aquello del espacio. Eran líneas y líneas de colores que se desplegaban hacia el infinito, como una proyección que se extendía más allá de lo comprensible, hasta convertirse en absoluta oscuridad. Su cerebro lo alertaba sobre algo peligroso, pero no entendía qué. Sentía que era el fin, que su existencia estaba llegando a un final incomprensible. El palpitante de

su corazón retumbaba en su cabeza, su respiración era agitada y el pánico lo consumía lentamente, en un lento transitar del tiempo que pareció durar una eternidad. Finalmente, la ruptura repentina de aquel trance se presentó, como cuando sientes que te vas a caer durante un sueño y el vacío te saca, con angustia y adrenalina, de aquello que creías real.

—¡Deprisa, debes huir de aquí lo más pronto posible! Pronto llegarán mis hermanas y no podré hacer nada más por ti.

—¡Estás viva! —exclamó en un intento por abrazarla.

—¡Silencio! ¡Calla! ¡No es momento de sentimentalismos tontos! —reprochó Agnes, al tiempo que impactó su mejilla con una fuerte cachetada. Debes irte ahora mismo. Dirígete al fondo del corredor izquierdo. Allí encontrarás una escotilla que conecta con el desagüe de desechos. Lánzate sin miedo alguno, sosteniendo el aire, y nada con la corriente hasta salir a mar abierto. En el muelle, busca a Renzo *El Demonio de Mar*. Él te ayudará. ¡Ahora vete!

Como un crío regañado con una carga de culpa, Erasmus agachó la cabeza para ocultar sus lágrimas, apretó los dientes y se dirigió corriendo, sin mirar atrás, hacia el camino señalado. Una vez en el punto, abrió la escotilla y entendió por qué debía sostener el aire. Inmediatamente sintió el zumbido de infinitas moscas en el fondo. El hedor a desperdicio humano era bastante fuerte; claramente allí conectaban los desagües de muchas letrinas. Estaba oscuro, pero se podía percibir el descenso lento de una mezcla espesa que viajaba hacia algún lugar. Tomó todo el aire posible y se lanzó, temeroso de lo que pudiera encontrar en la oscuridad.

Se negaba a abrir los ojos por miedo a que entrara en ellos aquella asquerosa mezcolanza de desechos e igualmente, apretaba los labios con todas sus fuerzas, a sabiendas de sentir en ellos una suave caricia que se filtraba poco a poco. Nadó como si no existiera un mañana, y una vez sintió el cambio de densidades, supo que había llegado, por fin, a su destino. Salió del mar y caminó hacia el muelle en busca de aquella persona que mencionó Agnes. Una vez intentó infiltrarse entre la multitud, percibió que había desprecio en el ambiente. Las personas pasaban de largo, cerraban puertas, abrían los ojos con impresión y tapaban sus narices debido a la hediondez que dejaba a su paso aquella

cosa que se movía como un humano; pero, aparentemente no lo era, e incluso parecía estar en descomposición absoluta.

—¡Mierda! Ahora nadie querrá ayudarme —exclamó Erasmus.

Se detuvo un momento para evaluar bien la situación, valorar la intensidad de su nuevo aroma y explorar las condiciones de su apariencia.

—No estoy tan mal. Son unos exagerados todos. He olido peores cosas de mis hermanos —reprochó.

—¡Lárgate de aquí, maldito indigente! ¡Ahuyentas a la clientela! —le gritó un cocinero iracundo, mientras le asestaba varios golpes en la cabeza que lo dejaron inconsciente nuevamente.

Despertó a unas cuantas cuadras de donde recibió la paliza. Curiosamente, había algunas personas a la expectativa de su despertar. Al parecer, soportaban su deplorable estado como algo normal. Eran jóvenes, todos ellos. Algunos más chicos, otros un poco más grandes, pero todos igualmente niños y jóvenes sin hogar. Una hermosa, pero sucia chica algo rapada -seguramente por la epidemia de piojos de aquel entonces- se acercó a ofrecerle un poco de agua. Un agua turbia que fácilmente traería consigo una fuerte diarrea, pero la sed lo estaba matando. Así que, luego de una corta duda, la tomó de un mismo trago sin vacilar más de lo necesario.

Lo aceptaron como uno de los suyos. Sabía que debía ocultarse, y esta situación representaba el mejor escenario para hacerlo, así que se dispuso a ser el mejor actor del mundo, ¡Un pordiosero por todo lo alto! Omitió su pasado, tan sólo les compartió que sus padres habían muerto y que desde entonces habitaba en la calle -algo parcialmente cierto-. Lo llevaron donde Butch, *El Carnicero*. Allí, sentado frente a un mesón de corte, rodeado por cerdos y vacas colgantes, se le explicaron las reglas del juego. Tendría comida diaria, un lugar donde dormir y seguridad de que nadie le haría daño; pero, a cambio, debía servir a *El Carnicero*. De lo contrario, alguna parte de su cuerpo terminaría en el interior de una salchicha en las parrillas del puerto, y, al final de cuentas, estaría tan mutilado que su única opción para subsistir sería mendigar por discapacidad.

Su primer trabajo sería aprender. Fue entonces cuando lo emparejaron con Durga, también llamada *Fantasma*. Era una chica ruda, ágil e inteligente, que había vivido en las calles ya un buen tiempo; pero también tenía su lado sensible, detallista y cariñoso, a su manera. Incluso algunas noches, era habitual encontrarla contemplando el horizonte frente al puerto, con suprema nostalgia, como quien llora en silencio por alguien que ha perdido. En cuestión de tan sólo días, se volvieron muy cercanos; ella le enseñó cómo moverse entre las sombras, robar sin siquiera ser detectado al pasar entre la multitud, entrar a casas sin usar la fuerza, escalar muros, correr entre los tejados y, como última instancia, bajar a las cloacas para huir, en caso de peligro extremo. Erasmus quedó tan agradecido con Durga que prometió devolver algún día el favor adeudado.

La red de *El Carnicero* fue de gran ayuda para continuar con la misión encomendada por Agnes. Decenas de niños deambulaban por las calles escuchando rumores, observando y escudriñando sobre todos los movimientos que se realizaban hasta en el más recóndito rincón de la ciudad. Fue sencillo dar con su paradero; al parecer, *El Demonio de Mar* era un hombre peligroso, un ser cuya presencia parecía emanar un fuego frío sobrenatural, con ojos que brillaban como el reflejo del océano en la noche, y una longevidad que susurraba leyendas de varios siglos. Se decía que era inmortal, que alguna vez había logrado un alto rango en las milicias, para luego convertirse en asesino a sueldo. Ahora controlaba gran parte del bajo mundo. Traficante de esclavas, opio y otras cuantas sustancias prohibidas, hacían parte de su extenso portafolio. Le llamaban *El Demonio del Mar* debido a una legendaria historia sobre sus aventuras a través de los siete mares, en donde adquirió un místico poder maldito que lo convirtió en superhumano, pero que lo consume como el fuego desde adentro.

—Llegas tarde —Renzo movió la cabeza en desaprobación.

—¿Por qué lo dices?

—Es demasiado tarde para tus hermanos. Sin embargo, aún puedes salvarla a ella.

—¿De qué estás hablando?

—¡Tú sabes de qué estoy hablando! —alzó la voz de forma brusca y altanera.

—Llevas demasiados días buscándome para que te ayude a huir de aquí, a sabiendas de que tus hermanos y tu chica pagarían el precio de tu burla a *La Hermandad*. ¡Les diste información falsa! Eres un pequeño embustero —sonrió con complicidad y continuó:

—¡Pero la vida no es un juego, pequeño mocos! Las decisiones de hoy serán tu carga o satisfacción del mañana. Así que, dime: ¿De verdad pensabas que tu inocente juego iba a resultar impune? Te voy a contar algo sobre *La Hermandad* que, al parecer, desconoces. Yo fui un hermano, hace más de quinientos años que los conozco. En algún tiempo fueron mi familia, mi refugio; aprendí con ellos el valor de la vida y la muerte, lo frágil y efímero de la existencia física, y, a la vez, lo fuerte y duradera que puede llegar a ser la trascendencia espiritual. En un principio, hace muchos de años, fueron una congregación ejemplar y altruista; pero ahora su camino se ha corrompido, sus filas están repletas de soldados fríos y sin moral, que siguen órdenes ciegamente, sin importar las consecuencias. Tú tienes algo que les pertenece por derecho y no se detendrán hasta conseguirlo. Es ridículo pensar que podrías escapar de ellos, pues sus influencias se encuentran más allá de lo imaginable.

—¿Por qué me dices todo esto? ¡Temo por nuestras vidas, no quiero que le pase nada malo a Agnes!

—Te lo cuento porque yo te puedo ayudar. Pero necesito de tu cooperación, y como muestra de fe, quiero que me digas con sinceridad dónde se encuentra el fragmento del Ojo Blanco. Solo así podré darte asilo a ti y a tu chica. A pesar de haber desertado de la hermandad, mi poder en el bajo mundo garantiza mi seguridad y la de mis camaradas. Puedo adoptarlos a ambos, vivirán bajo mi custodia como hijos propios; pero sólo te puedo ayudar si confías en mí. ¿Dónde está el fragmento? —tomó sus manos en las suyas, en expresión de confianza. Vamos, puedes confiar en mí. ¿Acaso Agnes no te indicó que me buscaras? ¿Ya no confías en Agnes? Me avergüenzas. ¡Es gracias a ella que aún sigues con vida!

—Lancé el fragmento al pozo de las viudas para que jamás fuera encontrado. Sabes que nada de lo que ingresa en el territorio de las viudas, vuelve a ver la luz de nuevo.

—¡Pequeño mocoso! —con ira en sus ojos, Renzo tomó del cuello a Erasmus y lo levantó del suelo.

Nuevamente Erasmus percibió que todo se desvanecía, algo no estaba bien. Sintió cómo su cuerpo se fragmentaba de forma sincrónica con todo lo que componía su realidad. Líneas de colores que configuran cada elemento físico se extendían hacia el infinito, como si la realidad viajara entre el tiempo y el espacio de una forma diferente.

Erasmus volvió a despertar en el regazo de Agnes. La escena era bastante similar a la anterior vez. Ella le indicó cómo salir nuevamente, pero esta vez algo sustancial cambió. En sus manos entregó el fragmento y le advirtió que debía esconderlo donde nadie lo encontrara jamás. Erasmus logró fugarse de aquel lugar sin complicación alguna. Algo en su interior le indicaba que ya había vivido esto y, por ende, todas sus acciones fueron fluidas y certeras. ¿Tal vez un déjà vu? Salió del mar, pero en esta ocasión, en vez de dirigirse al muelle, robó un caballo y cabalgó rápidamente hacia el bosque. Una vez se encontró en lo más profundo, se arrodilló en la tierra, realizó unas cuantas oraciones e ingirió el fragmento. Se quedó en profundo silencio, con los ojos cerrados y la respiración lenta.

—¿Qué sucede? ¿¡Me has abandonado, Dios!?! Algo no está bien, la vez pasada fue diferente —se quedó dubitativo.

Fue entonces cuando comprendió que su realidad había sido alterada en varias ocasiones. Decidió continuar sentado sobre la tierra. Pero, ahora sentía una intención clara en lo profundo de su ser. Buscó entrar en trance, concentró toda su energía en transitar al mundo astral, hasta que, después de un momento, lo consiguió. Su espíritu voló libremente. La realidad en la cual estaba ahora había cambiado de un profundo bosque a una pequeña habitación de madera repleta de velas, ventanas cubiertas con cortinas negras y aroma a incienso. Identificó su cuerpo recostado sobre una cama ordinaria, y a su lado, yacía Agnes, igualmente inconsciente.

Una tristeza inmensa recorrió todo su ser. Sin perder más tiempo, invocó el poder del fragmento. Un destello plateado y violeta iluminó la habitación desde su cuerpo que yacía recostado; los ojos de ambos se abrieron al tiempo -y por un instante- sus mentes se conectaron en un espacio vacío que rápidamente fue ocupado por todo tipo de información mutua: emociones, recuerdos, ideas, sueños, sentimientos, deseos... Todo comenzó a confluir a una velocidad exorbitante; pero, a la luz de Erasmus, todo aquello fue comprensible y asimilable. Una vez culminado el trance, su espíritu retornó a su cuerpo permitiéndole incorporarse -lentamente- al borde de la cama en la que se encontraba acostado.

—¿Por qué me has traicionado? Desde un inicio todo fue una gran farsa, confié en ti. Te amé sin medida desde aquella noche -lloró sobre el cuerpo de Agnes, quien, al parecer, aún se encontraba en un trance demasiado profundo-. Aún no puedo creer que proyectaras aquellas horribles visiones sobre mí, para que te entregara el fragmento. El asechador fue asechado, sabía que no lo debía hacer. ¡Creí que te había perdido! ¡Creí que había sacrificado a mis hermanos! ¡Creí que me amabas! ¡No permitiré que continúes haciendo daño! —le gritaba a Agnes en su cara, mientras sacudía el cuerpo con ambas manos y sollozaba con lágrimas en sus ojos. ¡Lo que has hecho no tiene perdón...!

Después de un largo monólogo con quejas sobre lo sucedido, Erasmus se levantó decidido. Tomó el cuerpo de Agnes, lo envolvió entre sábanas y la montó al caballo. El atardecer estaba llegando cuando salió de aquella casa. Le tomó casi toda la noche llegar a su destino.

—¡Salgan de allí, viudas de las sombras! He traído conmigo una gran ofrenda que, espero valoren, tanto como yo lo hago.

—¡Pero qué hermoso joven nos visita! ¿Por qué no pasas y te presentas con nosotras? —respondieron varias voces al unísono entre las sombras.

—¡No me tomen por tonto, saben perfectamente que no debo pasar, pues de lo contrario estaría perdido para siempre!

—¡Creo que tenemos aquí un chico listo, jajajaja! —rieron al unísono varias voces con eco profundo, desde el fondo del pozo.

—Acepten, por favor, esta ofrenda en mi nombre.

—¿Y qué esperas obtener a cambio de tan hermosa ofrenda? Pues en tu corazón sentimos indecisión por entregarla libremente. ¿Acaso fuiste traicionado por tu amante? ¡Que la ira no nuble tu juicio, joven hombre, pues una vez que ella ingrese, no habrá salida alguna nuevamente!

—Esta mujer es peligrosa. Inocentemente he caído en sus engaños y, si bien aún la amo, mi responsabilidad me indica que debo evitar que siga libre. De momento, no deseo nada a cambio. Tan solo que aprovechen su energía vital, a tal punto que siempre quede algo para que permanezca con vida eternamente; pues sus pecados no merecen la muerte. Algún día no muy lejano volveré y espero me favorezcan con sus bendiciones, en recompensa por el favor que hoy les brindo amablemente.

—Mientras esté entre nuestros alcances, cumpliremos tu deseo por tan genuino detalle con nosotras, que hemos sido olvidadas por los mortales desde hace mucho tiempo.

—¡Que así sea!

Tomó el cuerpo inmóvil de Agnes y, con manos temblorosas, se acercó al borde del pozo y dijo:

— “Dios, concédeme la serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, el valor para cambiar las que sí puedo, y la sabiduría para discernir la diferencia” —Luego, trató de levantarla sobre sus hombros, en símbolo de sacrificio divino, pero sus fuerzas no fueron suficientes; así que, simplemente se despidió de ella con un beso y la arrojó a lo profundo de la oscuridad. De camino al monasterio no paraba de repetirse a sí mismo que había hecho lo correcto, que era el menor de los males; un sacrificio menor para salvar a muchos. Pensaba que, si lo repetía varias veces, tal vez algún día lograría hacérselo creer a sí mismo.

Al llegar al monasterio, empacó rápidamente sus pocas pertenencias: una muda de ropa, su bitácora, algunos libros sobre artes místicas, un mechero de gasolina, un cuchillo y algo de comer. Se despidió de algunos compañeros y se fue cabalgando con rumbo hacia lo desconocido, en busca de unos héroes que le ayudarían a romper el trágico destino que se

avecinaba. A los días siguientes, volvió para despedirse de sus superiores. Se veía diferente. Algo en sí había cambiado.

—Pronto volveré con ayuda, pero, de momento, deberán cerrar el monasterio y evitar que alguien o algo entre.

—¿De qué estás hablando? ¿Te sientes bien? Estábamos preocupados por ti. ¿Dónde has estado todos estos días?

—¡Ha perdido la cordura, de eso estoy seguro!

—¡A lo mejor está enfermo, llamen a Adriano!

—En la carta que está sobre el escritorio explico todo, buena suerte y que Dios nos guarde —se despidió Erasmus sin decir más a sus superiores.

Mientras todos lo observaban, su proyección se desvaneció, como prueba de aquello que describía en la carta, esperando así que, cumplieran lo que en ella les pedía, con el fin de evitar la calamidad que auguraba su visión futura, dejando tras de sí, la certeza de que había ganado un nuevo propósito: usar las artes místicas y el poder de los Eternos, para proteger a los inocentes, de *La Hermandad* y sus oscuros planes.



Escanea este código.
Cierra tus ojos y deja que la música
de esta historia,
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.